

## EL ABRAZO DE LA MEDIOCRIDAD.

Ningún grito atormentado puede ser mayor que el grito de un sólo hombre.

O mejor, ningún tormento puede ser mayor que el que puede sufrir un sólo ser humano.

Todo el planeta no puede sufrir un tormento mayor que una sola alma.

Ludwig Wittgenstein.

## PRÓLOGO.

Amanecía, la bruma comenzaba a disiparse y el perfil de un enorme caballo se mostraba aún indefinido en el horizonte de la antigua Troya. Con el pasar de los minutos ya no había duda, los dioses habían obsequiado el monumental equino de madera como ofrenda al pueblo vencedor. ¿Que más hacía falta para convencerse del triunfo sobre los griegos? Nada, los dioses habían hablado; al menos para la mayoría.

Pero un viejo sacerdote de Apolo, se oponía a que se introdujese el caballo a la ciudad, había aconsejado quemarlo, allí en el mismo lugar donde había sido encontrado, cerca de la playa. Incluso él mismo había disparado una jabalina sobre el vientre de la escultura ecuestre y había resonado de forma tal que revelaba que era hueca. Pero quemar una ofrenda de los dioses era simplemente una locura; sólo a un demente se le podía ocurrir tal herejía.

Laocoonte, el sacerdote en cuestión, continuó tratando de evitar que aquel mal traspusiera las murallas de Troya. Pero sus ruegos fueron inútiles, el caballo fue consagrado como divinidad y como tal sería colocado en la plaza principal y adorado. Su seducción era enorme, para algunos era la aurora de una nueva edad de oro para Troya, llena de prosperidad, de augurios como nunca antes había sucedido. Los dioses así lo habían decidido.

Tras el triunfo frente a las huestes griegas, vendrían pues, tiempos de infinita bonanza. Con esta convicción, la noche en la cual el monumental caballo se asentó en el corazón de la ciudad, todo fue una fiesta. El vino corría como si el mismísimo Dionisios hubiera estado tocando la lira, las

jóvenes doncellas se dedicaban a ofrecer sus virtudes a los hombres triunfantes y hasta la corte festejaba desde los balcones de palacio. Ya muy entrada la madrugada todo Troya entró en un sueño profundo, Morfeo había abierto sus brazos a todos los habitantes de la ciudad. Hombres libres y esclavos, ricos y pobres, jóvenes y viejos, todos se habían entregado a un merecido descanso. Ya no hacían falta centinelas, ya no.

El resto de la historia es bien conocida, pero la del sacerdote de Apolo no. Laocoonte se había casado con Antíope, la cual le dio dos hijos, Etrón y Melanto. Cuando los griegos desembarcaron en las costas de Troya, los troyanos habían lapidado al sacerdote de Poseidón porque no supo obtener, mediante sacrificios, la protección del dios de los mares para impedir la llegada de la flota enemiga.

Será entonces cuando se le pedirá a Laocoonte, que ofreciese un sacrificio a Poseidón con el ruego de que acumulase tempestades en la ruta de los navíos griegos. Pero en el momento en que el sacerdote se disponía a inmolar un toro al dios, dos enormes serpientes salieron del mar y se enroscaron en un abrazo mortal en los dos hijos del sacerdote. Laocoonte corrió entonces en su auxilio, pero el poder de los reptiles era enorme, sus abrazos se apoderaron también del padre y de esta manera murieron los tres ahogados. Una vez finalizada su tarea, las enormes serpientes fueron a enroscarse a los pies de la estatua de Atenea, en el templo de la ciudadela.

Para algunos la muerte de los tres resultaba ser el castigo por el acto sacrílego, para otros Apolo vengaba otro sacrilegio: la profanación de su templo, ya que el sacerdote se había casado ante la estatua consagrada al dios. Pero más allá de las interpretaciones, la visión realista sobre el caballo y que éste traería el desastre para Troya no fue escuchada. Aún sus actos fueron obviados. Un gran abrazo terminó con él y sus descendientes.

Resulta como si el abrazo mortal, silenciara a aquellas voces que prevenían del colapso. Sin esos llamados de atención ya todos podían dedicarse ahora a las cosas más banales sin que nadie les alertara sobre la conciencia.

De allí esta magnífica escultura que con veintiún siglos de antigüedad, se encuentra hoy en el Vaticano y que alguna vez decoró el palacio de Tito en Roma. Y de allí el motivo de la tapa de este libro; siempre me conmovió la expresión de los rostros, siempre me impresionó la fuerza del abrazo. Un abrazo letal, tan letal como al que nos referiremos en las próximas páginas: al abrazo de la mediocridad.

Las ideas siguientes sólo serán reflexiones sobre el particular, pues aún no tengo claro si sobre la mediocridad habría que exponer un texto lineal, con principio, desarrollo y conclusión, o si sólo algunas simples ideas, o más que eso, percepciones, servirán mejor para abrir el diálogo – desde ya con uno mismo- y poner sobre tela de juicio la era que nos ha tocado vivir, es decir nuestro tiempo. Insisto en dejar claro al lector que son simplemente sensaciones y como tales pueden estar totalmente

equivocadas por el alto nivel de subjetividad que implican. De hecho preferiría estar totalmente equivocado.

De esta manera, al no imponer un discurso lineal, me permitiré pues hacer algunos paréntesis en el recorrido de este ensayo, en los cuales espero invitar a que juntos podamos reflexionar sobre estos momentos históricos.

Han pasado más de tres mil años desde la guerra de Troya hasta hoy, y en los últimos tiempos varias voces nos vienen previniendo que dudemos de los "regalos de los dioses" por muy seductores que estos fuesen. Tres milenios y los que transitamos esta posmodernidad continuamos absortos frente a tentaciones tan fatales como el gran caballo. Pero hoy, pareciera que todos los días, al despertarnos, encontramos un nuevo presente en nuestros horizontes. Regalos que nos prometen la felicidad y la juventud eterna y lo más absurdo es que ni siquiera nos detenemos a dudar al menos un instante en porque "los dioses" nos obsequian tanto y tanto. ¿Es que acaso hemos hecho las cosas tan bien que nos merecemos tanta abundancia de regalos?

Parece absurdo; cada día generamos más y más conflictos bélicos, más diferencias raciales, étnicas y religiosas; destruimos el planeta con toda nuestra fuerza posible, acabamos con miles de especies que llevaban en la tierra varios millones de años ante de nuestra aparición, y así todo, en las arenas de nuestras playas aparece cada día un presente del Olimpo como premiando nuestras actitudes. Pareciera un costo alto por un poco de confort.

Cuidémonos de los sacrificios que hacemos, pues tal vez la represalia puede terminar siendo un gran abrazo mortal.

## **EL ABRAZO . . .**

La negación de la dignidad humana, desacredita el valor de cualquier causa.

## . . . DE LA MEDIOCRIDAD.

Corren tiempos extraños, tiempos de incertidumbre, tiempos donde pareciera que hay que recalcar lo obvio constantemente y cuando sucede esto, es que algo no anda bien. O más que algo. De hecho ¿por qué habría que recalcar lo obvio?

Por momentos tengo la sensación de que se respira algo así como una falta de transgresión ideológica, lo cual conduce sin remedio, al menos aparente, a un sin fin de discursos faltos de contenido y a una gran mentira organizada. Desde ya, magníficamente bien estructurada y sostenida. Estructurada por los elementos de poder y sostenida por los medios que indefectiblemente pareciera que responden a aquellos elementos de poder.

Si bien el desamparo en todos los órdenes es el eje sobre el cual gira la cultura actual, la falta de alimento intelectual y afectivo me produce algo parecido a un gran y patético abrazo mortal, a un abrazo de la mediocridad, formado por cientos de tentáculos que día a día aprietan más y más, hasta lograr su cometido: la parálisis como primer paso –ya lograda- y la asfixia como etapa final.

Lo notable y trágico, es que cuando uno comenta esta sensación con otros, más allá de los diversos sectores en que lo haga, muchos perciben un situación análoga. Obviamente la primer etapa del abrazo al que me refería ya se cumplió, la parálisis. Lo patético es que de hecho pareciera que no podemos ir demasiado más allá del discurso quejoso y de alerta. No más allá de eso.

¿Queda entonces esperar como una simple manada de ovejas la segunda etapa, la de la asfixia? ¿Para esto recorrimos miles de años de luchas para terminar presas de un gran abrazo mortal?

Lo más absurdo de este abrazo de la mediocridad es que acaba con aquello que nos hace precisamente humanos: el deseo, la superación, las ganas de ir más allá. . . . La resignación pues, juntamente con la asimilación y adopción de modelos impuestos, vaya a saber uno por quién, reemplazan al verdadero deseo. Si bien la depresión, síntoma común de estos tiempos, es la falta de deseo, el sometimiento, es sin más la muerte de aquel.

El hombre moderno, actual, fáustico, por llamarlo de alguna manera, se ha concentrado en lo externo, en lo que mi amigo y reconocido catedrático Carlos Cortese llama "la carcaza", en el envoltorio de la existencia, en el status social. El consumo de esta manera obviamente ha centrado su interés en el mundo que está allá afuera, produciendo de esta forma el vacío interior. A eso que Kafka definió como la pérdida de la identidad en un mundo anónimo. La carcaza lo es todo. Y más aún. . .

En este desfile de disfraces se mueve el hombre de hoy, Rápido, muy rápido, pues cuando se patina sobre hielo frágil, la única salvación es la velocidad, la cual conduce irremediamente a una fragilidad de vínculos, sobre la cual me extenderé más adelante.

La tragedia moderna es el acorazamiento del hombre, la represión ontológica, la objetivación del sujeto.

El abrazo de la mediocridad lleva al hombre a que se contemple como una cosa, buscando afuera los puntos de apoyo, aquellos que le permitan encontrar el equilibrio. Pareciera por momentos que carecemos de la posibilidad de replegarnos sobre nosotros mismos, como si el homo erectus no pudiera mantener su verticalidad. Y al igual que cualquier otra estructura, la pérdida del equilibrio lleva inevitablemente al colapso. Sería patético presenciar la implosión del hombre como lo hacemos habitualmente con los edificios que ya no nos sirven.

Todas las sociedades humanas tienen ciertos rasgos en común; el primero de ellos consiste en que más que el individuo mismo, es la sociedad la que ha llegado a ser la unidad más importante en la lucha por la existencia, sobrevivir implica la cooperación de otros individuos. El segundo rasgo radica en que las sociedades tienen normalmente una duración mucho mayor que la vida de un individuo. La tercera característica es que las sociedades son unidades funcionales y que por consiguiente los intereses de cada individuo están subordinados a los del grupo.

Bajo estos items anteriores, podríamos decir que desde el punto de vista de un individuo, el proceso de socialización, es pues, el de aprender lo que tiene que hacer para otras personas y saber lo que de ellas puede esperar.

Ahora bien, si ésta sensación de abrazo letal es real ¿Qué puede esperar el individuo de los otros, de la sociedad toda? ¿Qué puede hacer el individuo para lograr sobrevivir al abrazo? Y fundamentalmente ¿Qué puede hacer para evitar ese abrazo a su descendencia?

En nuestro derrotero por la vida, la raíz del sufrimiento cuenta con varios pilares de apoyo: la angustia de la inseguridad, para lo cual los hombres buscamos sostenes sólidos; la gran fugacidad de nuestras vidas,

para lo cual nos servimos de la negación y de todos los aliados de ésta que tengamos a mano; la insatisfacción ante la falta de sentido real de los hechos y la inconsolable indefensión, ante lo cual buscamos refugios seguros o que creemos fiables.

Claro, el tema es donde encontrar estos pilares de apoyo, esa estructura sólida donde dejar descansar el sufrimiento. En un principio, como respuesta casi automática, el hombre busca solución a estos flagelos en sí mismo, en sus propias fuerzas y en sus propios criterios, basados estos últimos, claro está, en gran parte en sus creencias y valores.

Como plantea Kierkegaard, el individuo tiene dos voluntades: una inferior, a veces impotente, que es la que busca la apertura, y otra mucho más fuerte que se aferra al ensimismamiento. Y el hecho que la segunda sea más fuerte es lo que permite que el hombre sea presa del abrazo de la mediocridad. Para el filósofo danés, la cuestión del ensimismamiento, se debe a que el hombre dejará más fácilmente su libertad y será víctima, cuanto más débil sea originariamente su personalidad o en la medida del agotamiento que la elasticidad de su libertad haya padecido.

Pero cuando el sí mismo no alcanza, cuando ya se encuentra en los mares desconocidos de la incertidumbre, donde el pánico a naufragar es sólo lo que se desdibuja en su horizonte, entonces el humano busca más allá de él.

Al igual que el naufrago, su vida está a la deriva, entregada a fuerzas desconocidas. Y es allí donde su debilidad y pánico lo hacen presa fácil del abrazo mortal de la mediocridad.

¿Cuándo comienza éste naufragio existencial? Tal vez, cuando el hombre comienza a ser esclavo de la multiplicidad de cosas que puede adquirir, más sus posesiones, prestigio y poder. Tal vez, cuando ha perdido su conciencia histórica y vive pues en un presente constantemente renovado, en la inmediatez, anulando todo por la hipertrofia del presente. Para que el tiempo no se muestre en el envejecimiento de las cosas, para que no haya indicios denunciadores del desgaste, de la edad, del tiempo transcurrido, se rompe todo antes de que los signos de decadencia estén a la vista. Se destruye todo en su plenitud vital. Las sociedades actuales mantienen largas conferencias y simposios acerca de la implementación o no del aborto, y mientras tanto no dejan de abortar todo lo que crean. Otra característica básica de la mediocridad: el absurdo y el doble mensaje.

De esa manera, el hombre de hoy, no crea nada estable, sólido ni duradero; se convierte en un creador de estructuras efímeras, que se transforman y deforman apenas insinuadas. Y mientras tanto el abrazo, al igual que el de las grandes boas constrictor, continúan apretando de a

poco, cerrando casi imperceptiblemente el círculo mortal, hasta que la presa, carente de respiro, se entrega sin más a la muerte.

¿Cuándo fue que el individuo se transformó en presa de aquel mortal reptil? ¿Cómo no percibió la presencia amenazadora de aquella bestia mortal? ¿Qué permitió que el abrazo demoledor se llevara a cabo?

Líneas atrás sostenía que una de las variables que nos convierten precisamente en humanos es el deseo. Ahora bien ¿qué es el deseo?

Spinoza decía de manera muy acertada, que es muy común confundir deseos con decisiones. Y al menos que desarrollemos una cierta capacidad para dirigir nuestros deseos, ser libre, no es más que una utopía., un simple sueño adolescente.

Los deseos, aún los compulsivos, son parte de la condición humana, pero en nuestros tiempos, tenemos un problema adicional: nuestros deseos están excepcionalmente más que bien entrenados. La sociedad nos enseña que debemos anhelar. Sólo basta una señal de la campana de Pavlov, para salir corriendo a comprar el último objeto que la moda acaba de lanzar al mercado o a realizar aquello que los medios nos dicen que hay que hacer.

Y si bien, en un primer momento pareciera que la felicidad se alcanza con el sólo hecho de ceder a un deseo compulsivo, la realidad, es que ganar la libertad para elegir es lo que nos logra poner felices. De allí aquel viejo proverbio budista: la libertad es una quimera, pero la liberación es todo un acto. Y el acto, sólo lo puede realizar un individuo libre.

Hemos perdido la capacidad de entrenar a la voluntad, entonces, hacemos lo que otros, no se quienes, deciden que hagamos. Y esto pasa desde la adquisición del más elemental objeto de ornamentación hasta la elección de nuestra posición política, ética o moral.

Entrenar la voluntad. ¿Cómo, cuándo, donde? ¿Acaso este entrenamiento está incorporado en alguna currícula escolar? ¿Quién enseña este entrenamiento? ¿O no será acaso que al sistema precisamente no le interesa que se entrene a los hombres en este campo?

Entrenar la voluntad para no ceder fácilmente a los cantos tentadores de sirenas, los cuales, al igual que en la Odisea, sólo conducen al inevitable naufragio. Entrenarla para poder elegir por uno mismo, que, cuando y donde, y no para seguir siendo un consumidor de cosas elaboradas y magníficamente vendidas por un sistema anulador de voluntades individuales. Y quiero dejar claro que esto no es sinónimo de anarquía sino de libertad ideológica.

Entrenar la voluntad para ser uno más allá de las contingencias y para conservar la unidad aun en la diversidad. Entrenarla en el último de los casos para ser y engendrar libres pensadores, capaces de producir los cambios necesarios para alcanzar una mejor calidad de vida, y en este concepto de calidad incluyo lo político, lo social, lo económico, lo moral y todos aquellos items que hacen sin más a la existencia humana.

Pero claro, no minimicemos el rol del mediocre en esta sociedad ya que es por demás fundamental. El mediocre, junto con lo que el término conlleva, es una pieza necesaria y predominante en la cultura posmoderna, y es posible que lo haya sido siempre a lo largo de la historia de la humanidad. Pero me refiero mis tiempos, a sus tiempos amigo lector. De hecho estos tiempos son posibles gracias al crecimiento exponencial de la mediocridad, pues ésta permite un sinnúmero de situaciones que raramente se podrían dar si se hubiera entrenado la voluntad como planteaba líneas atrás.

Nuestra cultura de masas, - masas dirigidas y controladas- permitió arribar a éste escenario en el cual nos encontramos hoy, el cual tiene, al menos a mi gusto, algunos ángulos patéticos: la falta de originalidad, la sumisión a todo, el evitar el desafío de pensar, la consolidación del rebaño social y la aniquilación del deseo individual. Esto para nombrar sólo algunos de los ángulos a los que me refería. Seguramente usted podrá agregar más a esta lista.

Ángulos que continuaran in crescendo mientras el abrazo de la mediocridad continúe siendo el protagonista de la escena posmoderna.

En ésta cultura a la que nos referimos, pareciera que el espíritu se fue replegando y el cuerpo, en sus múltiples y diversas manifestaciones, ocupó el centro de la escena. Todo comenzó a explicarse en términos de mercado. Postula Max Weber: *“. . . la comunidad del mercado, en cuanto tal, es la relación práctica de vida más impersonal en la que los hombres pueden entrar. No porque el mercado suponga una lucha entre los partícipes, sino porque es específicamente objetivo, orientado exclusivamente por el interés de los bienes de cambio. Cuando el mercado se abandona a su propia legalidad, no repara más que en **la cosa**, no en la persona; no conoce ninguna obligación de fraternidad ni de piedad, ninguna de las relaciones humanas originarias portadas por las comunidades de carácter personal. Intereses racionales de fin determinan los fenómenos del mercado en medida especialmente alta y la legalidad racional, en particular la inviolabilidad formal de lo prometido una vez, es la cualidad que se espera*

*del copartícipe en el cambio y constituye el contenido de la ética del mercado”.*

Y de éste párrafo de “Economía y sociedad” de Weber, remarqué precisamente ***la cosa***, porque el proceso de cosificación, de objetivar al sujeto, fue, a mi modesto entender, el principio del abrazo de la mediocridad.

Logramos hacer del hombre actual, un simple elemento de intercambio, un objeto casi descartable y sumamente barato. Basta observar cuanto “cuesta” una vida. A valores actuales veinte veces menos que un misil. Le aseguro que no estoy exagerando nada ya que me informe concienzudamente sobre el particular. Desde ya que algunos estarán pensando porque en las guerras no se arrojan personas en vez de los costosísimos misiles, la respuesta es obvia: los humanos no producimos tanto impacto demoledor al estrellarnos contra algo, nuestra onda expansiva es mínima... Patético, pero real. Tan real que las catapultas de antaño ya han probado en reiteradas ocasiones con éste proyectil humano, desde los griegos hasta en el medioevo. De hecho los mongoles fueron los inventores de las guerras bacteriológicas ya que arrojaban desde sus catapultas a muertos por la peste para contaminar a los intramuros.

De mediocridad hablamos, del abrazo letal de ella.

Sería interesante salir de ella, librarnos de la sensación de asfixia.

En latín, salida se dice *exitus*, término que los ingleses tradujeron como exit. La salida conduce al éxito. Aquel olvidado idioma, madre de muchos de los actuales, también tiene un verbo, *stupere*, que significa quedarse quieto, inmóvil. De allí la palabra estúpido, hombre que no encuentra la salida, aunque a veces no cese de moverse. Las únicas reacciones del estúpido son la resignación o la violencia, ambas, obviamente, falsas salidas.

De hallar el *exitus* se trata. Y el tiempo para ello no es eterno. Claro, al menos que uno se encuentre cómodo y no le interese en lo más mínimo salir.

Nuestras vidas se desarrollan dentro del **imperio de las circunstancias**, y en éstas vamos –cual naufragio- braceando tratando de aferrarnos a algo que nos mantenga a flote.

Lo que sucede, es que no toda cosa que pase flotando cerca nuestro, tiene la capacidad de sustentación, de sostenernos con la cabeza fuera del agua para no ahogarnos.

Si Erasmo tenía razón al afirmar que el espíritu del hombre toma la dimensión de lo que se propone, la pregunta es pues, que nos proponemos hoy para haber logrado “naufragar” de esta manera. Parece entre absurdo y tonto, que el homo sapiens después de haber recorrido tantos miles de

años y de penurias que acompañaron a aquellos, termine víctima de un abrazo que él mismo fue gestando, cuando miles de voces predecían éste final. Cientos de textos, de oradores, de gurúes gritaban a más no poder el abrazo que se aproximaba y sin embargo no se pudo hacer nada. Tal vez estaba en lo correcto Ortega cuando sostenía que para demostrar lo elemental no hace falta tanta erudición.

Claro, *homo sapiens*, *homo faber*, *homo economicus*, son sólo clasificaciones antropológicas que marcan un cierto perfil del humano. Pero siguiendo la tesis de Morin –sin invalidar las anteriores– también encontramos al *homo demens*, capaz del delirio, de la demencia. Este homo es el generador del odio, del desprecio, de aquello que los griegos llamaban *hubris*, es decir desmesura. Uno podría pensar que el antídoto del *demens* está en el *sapiens*, en la razón, pero la experiencia demuestra que no es así. De hecho ambos pueden coexistir en un mismo individuo.

¿Cuántos Laocoontes más necesitaremos para comprender que el caballo no era una deidad que traería bonanza sino todo lo contrario y que incorporar a aquel en nuestro seno daría como resultado la destrucción?

El imperio de la circunstancias, de éstas últimas se trata, de que hacer con y en ellas. Pero para actuar *con* y *en* las circunstancias, debemos a priori distinguir entre aquellas que fueron producto del azar o de condiciones externas a nuestras voluntades y cuales fueron el resultado que nosotros supimos conseguir. Y fundamentalmente hacernos cargo de éstas últimas y no mirar para otro lado como si la madre naturaleza las hubiera puesto allí simplemente para mortificarnos.

El abrazo de mediocridad es sin más, la asfixia producida por las circunstancias, que en su mayoría engendramos los hombres a través de *nuestro* narcisismo, *nuestra* soberbia, *nuestra* incapacidad de ver al otro como un verdadero otro, *nuestra* ingenua estupidez de pensar que a nosotros no nos va a suceder. En síntesis, lo que supimos hacer.

Por primera vez en el curso de la historia el hombre no encuentra ante sí más que a sí mismo, no percibe ni asociados ni adversarios. En tras épocas anteriores, era la naturaleza lo que se ofrecía ante él, y así el hombre debía encontrar el modo de acomodarse a las circunstancias. Pero hoy vivimos en un mundo transformado por el hombre, desde los paisajes hasta nuestra comida elaborada por medios mecánicos. La industria humana constituyó esta dimensión cultural dentro de la cual interactuamos. De allí, que siempre nos vemos situados ante nosotros mismos. En estos términos el premio Nobel, Heisenberg planteaba nuestro tiempo. El abrazo es producto de lo que hicimos, de lo que hacemos y de lo que haremos dependerá el final del juego.

En éste imperio de las circunstancias, ya no debemos enfrentarnos a temibles tigres sables ni a pesados mamuts que se resistían estoicamente a convertirse en la dieta de nuestros antepasados. Tampoco a intensos fríos que diezaban poblaciones enteras. Y si bien algunos huracanes hacen de las suyas, fue el hombre el que dislocó los ciclos de la naturaleza y es entonces cuando debe pagar los costos de sus determinaciones.

Sí, frente al hombre ahora sólo se encuentra el hombre y por lo visto el rival más peligroso que pudo encontrar después de vagar durante milenios. Suena absurdo haber cargado con ese flagelo siempre mientras se buscaba afuera la llegada de las parcas.

Durante el siglo XX, miles de especies fueron borradas del planeta en nombre de la *evolución del hombre*. El mono sediento humano arrasó con todo aquello que se le oponía o con lo que le servía para ser transformado en elemento de uso para él. Y aquí llegamos pues. Principio del nuevo milenio; guerras por doquier, hambrunas en algunos sectores del mundo que intimarían a las peores medievales, exclusiones en todos los sentidos, y fundamentalmente, esa sensación de angustia que no deja de crecer. Y frente a nosotros . . . simplemente, nosotros.

Y lo más maravilloso es que en general, no nos gusta esta imagen que vemos de nosotros, hacemos esto, pero queremos ver otra cosa diferente a la que engendramos. Es algo así como el escultor que comienza a tallar una pieza de mármol y al terminar la obra se pregunta porqué no obtuvo un maravilloso bronce. Suena ridículo, pues bien, es lo que venimos haciendo ininterrumpidamente. Y desde hace ya un tiempo, largo tiempo a decir verdad.

El desafío de pensar es por definición el desafío del hombre. Es lo que lo constituye precisamente en eso: en homo sapiens. Es sin más, lo que lo diferencia del resto de los seres vivientes en éste planeta. No obstante el actuar precede en los últimos tiempos al pensamiento. Es como si se hubiera producido un cambio epistemológico en el hacer humano, primero la praxis y luego la teoría se va adecuando a las prácticas vigentes.

Sin lugar a duda un cambio significativo en la evolución del pensamiento. No estoy haciendo juicios de valor, pero seguramente usted lector coincidirá conmigo que es un cambio y no precisamente menor.

Como magistralmente plantea May, lo que está sucediendo, es un fenómeno inevitable en nuestra época, el resultado sin más del colectivismo: educación masiva, comunicación masiva, tecnología masiva; en síntesis procesos masivos.

Los cataclismos históricos ocurridos en nuestra civilización contemporánea, han hecho inevitable que la imagen que el individuo tenía de si mismo resultara sacudida de raíz. Como sostenía Lynd, el hombre actual está atrapado en un caos de pautas opuestas, ninguna de ellas está totalmente condenada, pero ninguna tampoco se encuentra claramente aprobada y libre de confusión. Frente a éste escenario el hombre, tropieza con demandas frente a las cuales carece de medios para satisfacerlas.

Entonces cuando las personas sienten su insignificancia como individuos, comienza un debilitamiento paulatino de su sentido de

responsabilidad humana. La impotencia frente a un mundo que lo supera, se transforma en apatía y por último en alienación. Esta disminución de la conciencia, conduce irremediabilmente a la pérdida del sentido de significación, y una vez producido este estado, el abrazo de la mediocridad es inevitable.

Del desafío de pensar hablábamos. Después de la agitación cultural de los 60, ha sobrevivido un abandono generalizado de las ideologías, que de manera ostensible, muestra intereses en preocupaciones puramente personales, más allá de todas las crisis existentes y posibles. Las grandes cuestiones filosóficas, aquellos temas estructurales que han tenido al hombre en vilo por siempre, despiertan hoy, la misma curiosidad que cualquier suceso, o aún menos. Consumo, permisividad, globalización y tecnificación, son los actores de la escena posmoderna.

La sociedad actual, narcisista por definición, demasiado absorta en si misma, renuncia a toda militancia ideológica, simplemente se resiste a pensar.

Hoy, los hombres, más que vivir felices, quieren vivir *ocupados*. Desde ya que esto convierte a aquel que les proporciona ocupación, en un bienhechor. El tema es la huída del pensar, el escape ante el posible aburrimiento.

Y pareciera que vivir ocupados, se lo puede tomar en sentido totalmente literario, ya que hoy las veinticuatro horas del día nunca alcanzan para hacer todo lo que se supone que un hombre posmoderno debe hacer. Hoy, "el tiempo no me alcanza" o "no tengo tiempo" o "estoy demasiado tomado" son las frases más usadas, independientemente del nivel socio cultural en que uno se mueva. Pareciera que el planeta rota más rápido y de esta manera el día es más corto y por consiguiente "no alcanza". La realidad es que esta esfera sobre la cual vivimos, viene girando a la misma velocidad desde hace algunos millones de años, con lo cual somos nosotros los que algo no hacemos del todo bien. Por ejemplo, pensar.

Tensión, temor, angustia, actores que desfilan día a día sobre la escena posmodernista, son como diría Nietzsche, "pasiones vulgares", y en ellas no hay exuberancia de vida. Los consuelos que imaginan tanto el mendigo como el esclavo son ideas de cerebros postrados: los nuestros.

Debemos comenzar a aprehender, que si bien las contingencias pulsan nuestras cuerdas, nosotros somos quienes ponemos la melodía.

Todos, absolutamente todos, somos en mayor o menor medida prisioneros de deseos antiguos y rehenes de deseos ajenos. Pero aún con esa carga encima, el tema vuelve a ser la melodía.

¿Cómo queremos que suene al fin y al cabo la música que nos acompañará a lo largo de nuestra existencia? ¿Cuándo cambiaremos de ritmo? ¿Cuándo tocaremos en grupo y cuándo solos?

Éstas y otras tantas decisiones sí las podemos tomar nosotros más allá de la tensión de las cuerdas. Y quizás, hasta podamos comenzar a templar nosotros las cuerdas más allá de las circunstancias.

Claro, vuelvo indefectiblemente algunas líneas atrás, debemos enfrentar el desafío que implica pensar, y desde ya, pagar los costos que eso implique. En el último de los casos, la libertad siempre cuesta.

Como afirmaba Licón en el juicio a Sócrates: *" la libertad sólo puede existir cuando la vida es sometida a examen constante y dónde no hay censores que les digan a los hombres hasta dónde pueden llegar. La vida humana vive en ésta paradoja y entre la espada y la pared. El examen es la vida y el examen es la muerte. Es ambas y es la extensión que existe entre ellas".*

Nuevamente, el desafío de pensar y el costo de la libertad.

Tal vez como plantea May, uno de los mayores problemas del hombre actual en esta época, es el de sentirse un ser carente de significación como individuo. Eso genera obviamente dificultades para encontrarse a sí mismo en su tiempo-espacio.

El hombre de hoy, se encuentra atrapado en un caos de paradigmas opuestos, donde lo asombroso es que ninguno de ellos está totalmente condenado, pero ninguno a su vez está claramente aprobado. En síntesis, el conflicto se presenta al no existir, o contar al menos, con medios para satisfacer las demandas a las que el individuo se encuentra continuamente presionado.

Y lo recién mencionado lleva sin dudas, a un debilitamiento del sentido de responsabilidad humana, de hacerse cargo, de contar en la cuenta. ¡Que alimento fenomenal pues para el abrazo de la mediocridad!!!!!!.

En estos días se estimó el crecimiento del presupuesto en seguridad en un seiscientos por ciento en los últimos cuatro años. Estamos pues, hablando de miles de miles de millones de dólares. En paralelo, las víctimas de los tsunamis, terremotos y otras manifestaciones de la naturaleza aún en gran parte no han recibido ni un dólar de ayuda. Extraña ecuación. En pos de la tecnología y avance científico, lo cual no está mal, se duplicó el presupuesto de la campaña espacial. Un porcentaje enorme de la población mundial carece hoy, en el siglo XXI, de agua potable.

A veces cuanto más y más estudio, viajo, formo parte de congresos internacionales y esas cosas que se suponen que a uno lo llevan a ver más allá de sus narices, menos entiendo a ésta especie a la cual pertenezco. Espero no terminar como Chesterton, queriendo más a mi perro que a mis congéneres, lo cual en mi caso sería patético ya que no tengo perro.

Tal vez sea acertado aquello que es importante estudiar la estupidez para entender la inteligencia. En lo personal, creo que aún me encuentro en el primer estadio y lejos de comenzar a comprender el segundo.

Tal vez, en pocos momentos, la historia de la humanidad ha sentido tan fuerte el sentimiento de impotencia como en la actualidad. Una simbiosis entre insignificancia, desamparo e indefensión. Lo que Kierkegaard denominó temor a la nada. Como si el hombre perdiera la conciencia de sí mismo.

Resulta patético escuchar hoy, en el amanecer del siglo XXI, hablar de una nueva cruzada entre oriente y occidente. De hecho esta comenzó hace casi mil años, la cual fue seguida por otras que sólo trajeron muerte y más muerte. Estabamos convencidos que aquello era cosa del medioevo. Hoy los medios vomitan esta posibilidad a boca de jarro para seducir a una audiencia a la cual la mediocridad no deja de asfixiarla.

Resulta patético escuchar hoy, enfrentar a toda la civilización a posibles guerras nucleares, bacteriológicas, en síntesis a todo lo tanático.

Resulta patético hoy, exponer continuamente a la humanidad toda frente a pandemias de todo tipo, cuando realmente lo que suceden son casos que sólo afectan a no más de un centenar de personas, graves desde ya, pero que psicotizan a todo hombre sobre la faz del planeta.

Las ideas tanáticas, pesimistas, cohiben la expresión humana en todos sus sentidos, favorecen el disimulo, prohíben a las almas apasionadas expresarse, en síntesis deforman al hombre tanto en su actitud como en sus manifestaciones orales. El miedo nos hace deformes, algo así como subhumanos.

La mediocridad enarbola como estandarte lo letal, lo terrible, lo demoníaco. En síntesis la locura. En esta última se regocija y desde ella convoca a sus filas. Sus columnas de hombres enfermos de miedo e impotencia se alinean prolijamente para un desfile sin fin. Lo genial es que éste desfile conduce al aminoramiento del propio hombre. La mediocridad enarbola el estandarte del **miedo**, y desde él gobierna.

De ésta forma la mediocridad llama a paso redoblado, y su ejército, como todo batallón bien entrenado, responde a los ritmos que la autoridad reclama. Así de simple: *de frente march. . . .*

No obstante, por obra del destino, o por la maravilla que el hombre lleva en su propia condición, algunos "*malos*" soldados se niegan a obedecer así porque sí los redobles de los tambores. Se comienzan a bajar de las filas y sobre todo cuestionan la autoridad de la mediocridad. Desde ya que ésta autoridad de rango supremo no soporta la rebelión.

Pero el motín no cesa, más hombres y mujeres comienzan a dejar las filas. Primero La mediocridad usa la fuerza para someter a los desertores. Pero no basta. Aumenta más su fuerza, pero no. La autoridad cambia entonces su estrategia. Negociar, es una posibilidad.

Entonces a partir de este momento , la mediocridad deja su rol de déspota para convertirse en un ser seductor, casi fascinante. Se transforma entonces en permisiva, apunta espacialmente e buscar y explotar esa parte de transgresión que todos los humanos llevamos dentro. Se convierte en una dadora de permisos de todo tipo. La mediocridad es ahora pues, una maravilla, con ella todo es posible.

Los soldados que aún se encontraban en sus filas se hacen más fieles, los que habían desertado, vuelven nuevamente a enrolarse. Las columnas de la mediocridad vuelven a ser nutridas y se encuentran fortalecidas. Al igual que aquellas otrora legiones romanas, estas avanzan sin encontrar opositores. ¿Quién se opondría a tan formidable ejército? La proyección del poder de éste imperio parece infinito.

No obstante, en plena cúspide del poder de la mediocridad, algunos dudan de tanta bonanza, de tanta prosperidad, de tantos permisos. La duda de esos pocos se transforma en un arma enemiga para de la mediocridad. Arma que no tenía en cuenta, que ni siquiera podía concebir.

La duda comienza su camino, y al igual que las peores pandemias, infecta uno a uno, lentamente a los integrantes de las primeras filas. Luego la epidemia se propaga a las demás. La mediocridad enloquece, comienza a ver como su sólido imperio se fractura. Entonces se vuelve autoritaria como en sus principios. Quedan abolidos los permisos, las franquicias, las libertades. El miedo vuelve a tomar el protagonismo.

Los integrantes de las milicias comienzan a acuartelarse, pues ya dudan de las virtudes y capacidades de su oficial al mando.

La mediocridad enloquece, trama mil estrategias diferentes, pero no, sus filas de seguidores, se reducen día a día.

Pasa un tiempo, y aquellos obedientes soldados disciplinados y alineados, se transforman en libres pensadores. Y un día entre los días, todos asisten al entierro de la mediocridad.

Maravilloso no? La lástima es que es sólo un cuento, un sueño. Pero ¿cuántos grandes cambios comenzaron simplemente con un sueño o a partir de un cuento?

La naturaleza humana no es precisamente buena, solidaria, amigable, y en estado natural tiende al egoísmo y a la destrucción del prójimo. De esta forma consideran al hombre no pocas corrientes de antropología, sociología y psicología. Homo homini lupus, el hombre es el lobo del hombre, así definía al ser humano Hobbes en la segunda mitad del siglo diecisiete. Para este filósofo era la guerra de todos contra todos. Pero el estado de naturaleza es contradictorio ya , que por una parte solo quiero realizar mis deseos, eliminando todo obstáculo que se interponga en mi camino, y por otro lado, quiero amor, paz, felicidad. Desde ya que estas dos corrientes se contradicen. El gran tema es ¿cómo conciliarlas?. Para Hobbes, el miedo, el terror, eran las armas por excelencia para “dominar” al hombre, y pone en el Estado –a quién denomina Leviatán, una de las terribles bestias mitológicas- esas armas. Posteriormente, Rousseau, continuará esta postura y establecerá en su Contrato Social, que el hombre delega su libertad al Estado, para luego recuperarla a través de los derechos que el Estado establece para él. Locke, contemporáneo del Hobbes, propone los derechos naturales del hombre, precisamente para no ser aplastados por el Leviatán.

Pero más allá de la posición de éstos pensadores, la posmodernidad, olvido los aportes más importantes de ellos: los derechos del hombre a existir, a ser uno mismo, a ser libres, pero en el aspecto más general del término.

Pero volvamos al miedo. Algún poeta dijo que el miedo es aquello opuesto al amor. Y si lo tanático es la contracara de lo erótico, por deducción, el miedo es sin más la muerte. Y todas las muertes. ¿Qué quiero decir?

Una condición humana es tratar de no ver lo que nos atemoriza. Eso nos pasa con las películas de terror, o cuando éramos niños el taparnos hasta la cabeza para protegernos de los monstruos. Hoy, la muerte resulta casi extemporánea, al igual que la vejez, la enfermedad, la pobreza, el sufrimiento, en síntesis todo aquello que nos aleje de la fuente de la juventud eterna, del consumo y del poder terrenal. La inexorabilidad de la muerte, no lleva a integrarla a la vida como elemento fundamental. Siempre resulta una ruptura sorpresiva, casi inesperada.

Desde ya que es el miedo a la vacuidad, a la nada, a la no existencia del self. En la sociedad actual son muy pocos los que se dedican a reflexionar sobre la muerte y por consiguiente cuanto implica ésta para la vida. En el plano de lo racional sabemos que algún día moriremos, pero desde lo emocional, sólo lo negamos, como si bien supiéramos algo pero no lo

aceptamos. Nuevamente nos volvemos a tapar, a esconder bajo las mantas para protegernos de los monstruos.

Nuestra cultura posmoderna, generó el delirio de la inmortalidad y de esta manera nos oculta la muerte para perpetuar el triunfo del tener sobre el ser. Pero la muerte es parte de la vida, porque todo lo que adquiere forma acaba por disolverse y todo lo que comienza debe terminar y mientras no nos reconciliemos con estas verdades, jamás tendremos verdadera paz. Dijo el juglar: "haz de tu mortalidad una aliada".

Pensar en la muerte con seriedad, puede provocar en el hombre cambios significativos, como ser replantearse cosas que nos parecen "importantes", y tan necesarias como todas aquellas que pierden su valor o importancia al poco tiempo de haberlas adquirido.

Cuentan que un día en un templo, un viejo maestro budista dio una lección sobre "lo importante". Tomó un simple vaso y explico que para él, ese vaso era muy bello. De hecho contenía agua, reflejaba la luz cuando se lo ponía al sol y resonaba de un modo muy bonito cuando se le daba un leve golpe. Pero en realidad, el vaso le parecía más bello porque ya estaba roto. El hecho de que en algún momento estuviera destinado a romperse, convirtiéndose en pedazos, era precisamente lo que lo hacía tan digno de aprecio y belleza.

¿Me pregunto que sucedería si comenzáramos a aplicar éste punto de vista? ¿No estamos acaso nosotros destinados a rompernos como el vaso de agua? Si reflexionáramos al respecto, tal vez minimizaríamos al menos esas interminables ansiedades por conseguir más de esto o aquello. Ya no trataríamos de arreglar todo y a todos, pues comprenderíamos que es imposible fijar nada y eternamente.

De esta manera calmada muchas ansiedades y angustias, dispondríamos de más energías para aprovechar mejor esta vida mientras tengamos la posibilidad de hacerlo.

Compramos una casa y la llenamos de cosas. Como tenemos tantas cosas debemos tener una casa más grande, para a la vez poder seguir adquiriendo más cosas. Salimos entonces de vacaciones y nos obsesionamos por las cosas que podemos llevar. Compramos entonces y cargamos enormes valijas y baúles. Y así seguimos cargando cuanto cosa podamos, pues eso nos hace mejores, triunfalistas e inmortales.

Desde ya que no reniego al consumir y no hay nada malo en disfrutar pero tengo claro que donde vaya una vez subido a la barca de Caronte, mis pertenencias no vendrán conmigo. Es una ironía que tanta gente utilice la adquisición como manera de contrarrestar a la muerte.

Debiéramos pensar seriamente si hay algo que en realidad nos pertenezca y si llegamos a aceptar que no poseemos casi nada, comprenderemos que es poco lo que podemos perder y de esta forma quizás podemos empezar a dar más.

El milenario enigma de la esfinge y Edipo, es la imagen misma de la vida a través del tiempo. Pero cuando el hombre ha aceptado sin miedo el enigma, la muerte ya no tiene poder sobre él, y la maldición se extingue.

Dominar el miedo a las parcas es sinónimo de recuperar el goce de la vida, reafirmar la vida, el paso a la liberación.

Vivimos en tiempos fáusticos, donde el miedo nos hace negociar con nuestras almas como moneda de pago. De esta manera la mediocridad profundiza su abrazo. Al igual que el ratón se acerca al queso sin denotar que es sólo el señuelo de la trampa mortal, la mediocridad nos tienta con infinitas tentaciones, y allí vamos camino a su abrazo siniestro. Al igual que el Fausto, una vez concertado el contrato con el dictador del Hades, rescindirlo es complicado. El locador de un alma no está dispuesto a devolverla porque sí.

De allí la necesidad de reflexionar sobre si realmente vale la pena pagar el precio que se pide: ser simplemente mediocre.

Y parece que el diablo también forma parte de la nueva clasificación de los sociólogos: el *homo consumens*. De hecho no cesa en su afán de consumir almas, muchas, más, todas las posibles.

Como plantea Bauman, el consumismo no es acumular bienes sino disponer de ellos después de utilizarlos a fin de hacer lugar para nuevos bienes y su uso respectivo. La medida del éxito de este hombre posmoderno, no es pues el volumen de compras, sino el balance final.

Este tipo de vida, conlleva sin más a la velocidad y al no compromiso, total mañana habrá algo nuevo para saciar mi sed de consumo

Desde ya que pobres de aquellos que queden pegados a unos pocos bienes y que no puedan acceder a la variedad inagotable de todas las cosas que los rodean. Pobres de ellos.

Pobres, porque serán los excluidos de la sociedad de consumidores, serán los necios sacerdotes que no comprenden que aquel caballo depositado sobre la playa de Troya es simplemente el principio de la felicidad eterna.

Tarde lluviosa en la ciudad. Que mejor que un buen café en algún bar. Voy caminando por las callecitas de Buenos Aires hasta que de repente. . . –no, no es plagio de Piazzola- decido entrar en el bar de esa esquina. No hay tanta gente como era de esperar, con lo cual tengo mesas libres para elegir. Dudo un instante y me decido, como siempre, por la que da sobre la ventana. Pido el café, muy cortado como siempre, y me dedico dedicarme a contemplar que sucede en el universo. Algunos hombres solos, algunas parejas, y una familia tipo: papá, mamá, nena y nene.

Bueno lo de familia tipo, ehhh . . . Papá casi de espalda al resto, mientras deja caer su osamenta sobre el respaldo de la silla, conversa con vaya a saber quien, con su celular. Hasta aquí normal.

Mamá, con los ambos codos sobre la mesa, algo caída hacia la izquierda, también conversa con su respectivo celular. La niña, de unos doce años, en posición de loto en su silla también posee un adminículo como el de los padres y lo utiliza mientras gesticula sin parar.

El menor, alrededor de ocho añitos, carece del aparato de comunicación, pero juega perdido en su mundo con un artefacto de esos de jueguitos, moviendo sus pequeñas falanges a la velocidad del sonido.

Pasó un rato, de hecho ya terminé mi café, muy cortado, y la escena solo se interrumpió para que los más adultos cortaran y volvieran a marcar otro número. ¡No me va a decir que no lo emociona hasta los tuétanos esta maravillosa escena familiar!!!!!! Dígame, acaso ¿ no hay nada más lindo que la familia unida?

Por un instante vuelvo Bauman y a sus reflexiones sobre el celular. Gracias a esta maravilla de la tecnología, usted tiene sus deditos siempre en movimiento, lo cual es un gran ejercicio. Usted siempre está conectado, aunque sus invisibles remitentes y destinatarios de llamadas estén cada uno en su propia trayectoria. Esto es para gente que siempre está en movimiento, con lo cual lo más importante es siempre tener a mano su celular. Existen docenas de fundas para portarlos, las diferentes indumentarias ya vienen con bolsillos o espacios diseñados para colocar el precioso celular.

A ver, usted no va a ninguna parte sin su celular. De hecho "*ninguna parte*", es un espacio sin celular. Esto último me encantó.

Una vez que usted tiene un celular, ya nunca está afuera. Con celular siempre está adentro, pero jamás encerrado. Esto también me gustó mucho. De hecho a partir del celular, el lugar donde se encuentre y la gente que lo rodee es irrelevante.

Claro, es obvio, que estoy refiriéndome a los últimos modelos de celulares, a esos que sacan fotos, que mandan mensajes, que tienen una memoria donde puede almacenar toda la información de la biblioteca de Alejandría, que filma, que afeitan, hacen licuados de frutas, y hasta sirven para hablar.

Construir puentes en vez de levantar muros, esa parecía la consigna allá por el principio de los noventa, cuando el siglo XX llamaba a su fin. Los puentes conectan a las persona, los muros los separan.

La caída del pétreo muro de Berlín y la cortina de hierro de la U.R.S.S. sonó como el final de las barreras que la humanidad venía arrastrando desde las primeras cercas levantadas por nuestros ancestros neolíticos.

Por fin la historia del hombre derrumbaba fronteras inaccesibles. Esa etapa había quedado atrás. O al menos eso creímos.

Los chinos construyeron y reconstruyeron la Gran Muralla a través de varias dinastías, con el fin de detener a las hordas mongolas y manchurias. No tan pretenciosa, una prima menor de aquella se levanta hoy para dejar claro el límite con Corea del Norte. Los EE.UU también levantan su muralla, para alejar a aquellos mejicanos que intentan filtrarse al país del norte. En Ceuta y Melilla, las alambradas frenan las migraciones de miles de subsaharianos. Israel cambio el ladrillo y el alambre por hormigón armado para dejar claro a los palestinos donde terminan sus derechos. Algunas ciudades europeas, están proyectando "muros" dentro de ellas para diferenciar las diferentes etnias que hoy se encuentran juntas.

Algunos países como Suiza, duras leyes restringen el asilo de extranjeros.

Pero ¿no había finalizado la época de los muros? ¿qué pasó pues con la globalización que tanto se proclamo hace menos de dos décadas? ¿no era acaso que se iba a poder circular libremente? La idea de la aldea global era derribar muros, pero no sólo materiales sino también ideológicos. Obviamente la globalización no fue para todos .

Terminó la guerra fría, pero no se congelaron las prácticas que se aplicaban durante su apogeo. De hecho la mediocridad encontró un nuevo nicho de mercado: levantar muros a diestra y siniestra, se transformó en la mejor contratista del rubro y parece que pretende tener trabajo para rato. Con lo cual si tiene algún problemita con su vecino, por más pequeño que sea, no dude un solo instante, llame a la mediocridad, elija de que material lo quiere, levante su muro y adiós conflicto.

Lo ridículo del caso, es que históricamente los muros se levantaban para proteger a los de dentro de la furia de los de afuera. Suena lógico. Pero hoy estos muros, y me refiero a todo tipo de muro, fundamentalmente genera angustia a los intramuros, con lo cual la aparente seguridad interna entró en colapso.

Y así la cosa. Barreras arancelarias, distinciones étnicas, religiosas, sociales, alambrados, murallas, todo sirve para separar a las personas de este bendito planeta. Extraño concepto de aldea global, mediocre concepto de humanidad.

Allá por los finales del siglo XVIII, Kant observó de que el hecho de vivir en un planeta esférico traía algunas consecuencias no del todo menores: como todos estamos y nos movemos sobre la superficie del globo terrestre, no tenemos otro lugar donde ir, y estamos por consiguiente obligados a vivir para siempre en proximidad con los otros. Como en los cuentos, por

siempre jamás. Ampliar las distancias con los otros, iba a ser cada vez más difícil. Y tal vez al movernos sobre una superficie esférica terminaríamos por acortar las distancias que en un principio queríamos agrandar.

Si bien Kant lo explicaba hace doscientos años, pareciera que nosotros ni nos enteramos. Parece que el mundo honra a sus grandes pensadores con placas de bronce en vez de prestar atención a sus enseñanzas y seguir –o al menos analizar- sus consejos.

Y así, el mundo se fue llenando de personas desplazadas. Burke aseveraba que “ ser nada más que humanos”, constituía el mayor de los peligros de la humanidad. Los derechos humanos, son para este pensador, sólo una abstracción, y que los hombres difícilmente puedan esperar que esos derechos los protejan, pues los derechos inalienables del hombre, demostraron ser algo que no es posible obligar a cumplir.

Me planteo cual es el límite hoy por hoy entre lo humano y lo inhumano. En un mundo parcelado pareciera que ese límite es demasiado sutil, o peor aún, una gran nebulosa. Jasper observó que ya no sólo se comercializan y se exportan productos y tecnologías, sino también “sus procesos de desintegración”, - la mediocridad entre otros- ya que cada porción de población humana se vuelve vulnerable a todas y cada una de las demás. Algo así, como si la solidaridad estuviera en peligro extremo.

Derechos humanos, me pregunto: ¿para quienes? La mediocridad de hecho no está preocupada por que aquellos preceptos de libertad, fraternidad, e igualdad lleguen a todos los hombres que habitan este planeta.

Muros y derechos, dos caras de la misma moneda

Un hombre moldeado por el medio, sin ideales ni individualidad. De esta forma describe al “Hombre Mediocre” el gran pensador argentino José Ingenieros, en su obra magistral allá en los inicios del siglo XX. Otro gurú con la capacidad de ver más allá del corto plazo. Mente brillante, filósofo, fue uno de los introductores de la psicología en nuestro país.

Es imposible tocar el tema de la mediocridad sin citar a Ingenieros, quién definía a la mediocridad como una ausencia de características personales que permitan distinguir al individuo en su sociedad. Esta ofrece a todos el mismo fardo de rutinas, prejuicios y domesticidades.

“Juntad mil genios en un concilio y tendréis el alma de un mediocre”, en estas palabras, Ingenieros, denunciaba lo que en cada hombre no pertenece a él mismo y que al sumarse muchos, se revela el bajo nivel de las opiniones colectivas.

La sociedad piensa y quiere por los individuos. Estos no tienen voz, sino eco. No hay líneas definidas ni en su propia sombra, que es apenas una

penumbra. Y la vida no es digna de ser vivida sino cuando la ennoblece algún ideal. Las existencias vegetativas no tienen biografía, pues la vida vale por el uso que de ella hacemos.

Un ideal no es una fórmula muerta, sino una hipótesis perfectible y para que sirva, debe ser concebido de ésta forma. Nadie podría elevar a Sancho o a Tartufo hasta la morada de Quijote o Cyrano, son dos mundos morales diferentes, dos razas, dos temperamentos. Pues siempre habrá contraste entre el servilismo y la dignidad, entre la hipocresía y la virtud.

Debemos recordar que un barco con gran velamen pero sin timón, no sabe adivinar su derrotero, ignora si terminará varado en la playa o estrellado contra un arrecife.

La mediocridad crea al hombre domesticado, haciéndole creer que la pasividad es el equilibrio de las energías cuando realmente es la ausencia de ellas.

Bovio plantea su propia definición del hombre mediocre: *" . . . es dócil, acomodaticio a todas las pequeñas oportunidades, adaptabilísimo a todas las temperaturas de un día variable, avisado para los negocios, resistente a las combinaciones de los astutos, pero dislocado de su mediocre esfera y ungido por una feliz combinación de intrigas, él se derrumba siempre, en seguida, precisamente porque es un equilibrista y no lleva en sí las fuerzas del equilibrio. Equilibrista no significa equilibrado. Ése es el prejuicio más grave, del hombre mediocre equilibrado y del genio desequilibrado".*

Es real aquello que el equilibrio entre dos platillos cargados no puede compararse con la quietud de una balanza vacía.

El hombre mediocre, es una sombra proyectada por la sociedad; es por esencia imitativo y está perfectamente adaptado para vivir en rebaño, reflejando la rutina, los prejuicios y dogmas reconocidamente útiles para la domesticidad.

La imitación desempeña un papel importantísimo en la formación de la personalidad social, la invención, en cambio, las variaciones individuales. Volviendo a Ingenieros, el "alma individual", es original e imaginativo, desadaptándose del medio social en al medida de su propia variación. Esta se sobrepone a los atributos heredados del "alma de la especie" y de las adquisiciones del "alma de la sociedad". Es precursor de nuevas formas de perfección, piensa mejor que el medio en que vive y puede sobreponer ideales suyos a las rutinas de los demás.

En síntesis, este alma individual, es un accidente provechoso para la evolución humana.

Todos los hombres de personalidad, sea cual fuere su credo, posición política, económica y demás, son hostiles a la mediocridad. De allí que la

historia conserve el nombre de pocos "iniciadores" y olvide a un sinnúmero de imitadores.

Lo notable no obstante, es que ante la moral social, los mediocres encuentran una justificación, como todo lo que existe por necesidad. Los mediocres no viven su vida para sí mismos, sino, para el fantasma que proyectan en la opinión de sus similares. Cuando se violentan son peligrosos, pues la fuerza del número suple a la razón y a la virtud, por eso la mediocridad es moralmente peligrosa.

Y desde ya que hay épocas en las que el equilibrio social se rompe a su favor. Son los períodos donde el abrazo de la mediocridad se torna más y más letal. Son épocas donde los valores se subvierten: se desvirtúan los conceptos, se pierde la dignidad, la pasión y la virtud son estupidez, y el pensar. . . , el pensar, simplemente es un desvarío. La vulgaridad es pues, el punto culminante de la mediocridad.

En este punto, pareciera que el culto por la verdad, la exaltación de ideales, y todo lo que esté en camino de la virtud y la dignidad, entraran en un cono de sombra; como si un agujero negro se tragara sin más todas estas cualidades. De hecho éstas no se acomodan a las demás piezas del mosaico de la mediocridad.

Siempre hubo, hay y habrá mediocres, lo que varía es su prestigio y fundamentalmente su influencia. En general, la historia de la humanidad de muestra que cuando se reemplaza lo cualitativo por lo cuantitativo, se empieza a contar con ellos. Se mancomunan en grupos y se percibe entonces su número. Crece su influencia y de esta manera el sabio es igualado al analfabeto y el poeta al prestamista. La mediocridad se condensa, se convierte en sistema y la tiranía del clima es absoluta: se accedió a la mediocracia. Y este sistema negó siempre las virtudes.

Los prohombres de la mediocracias -Ingenieros- equidistan del bárbaro legendario y del genio transmutador. El genio crea instituciones y el bárbaro las viola; los mediocres las respetan, impotentes para forjar o destruir. Los arquetipos de la mediocracia pasan por la historia con la pompa de simples sombras, jamás llega a sus oídos un insulto o una loa. Los mediocres son legión, se entregan a especulaciones lucrativas; venden su voto, el hombre mediocre está siempre con la mayoría, apoya a todos los gobiernos. Viven de luz ajena, satélites sin color y sin pensamientos, atados al carro de su cacique, dispuestos a batir palmas cuándo él habla y a ponerse de pie llegada la hora de una votación.

¿Quedan dudas? Sólo hace falta dar una simple mirada alrededor de uno ¿no encontramos acaso individuos que responden a esta tipología?

Desde ya que la mediocracia no es cosa nueva; hace dos mil años, Plinio escribía el siguiente texto: *"Todo el mundo parecía embargado por ese vértigo mental formado en tiempos de Nerón, que marca una de las épocas de mayor locura, una compañía de tunantes que se llaman caballeros de Augusto y que tenían como única ocupación aplaudir las imbecilidades del Emperador"*. . . Como vemos, hoy ni siquiera somos demasiados creativos al respecto.

El panteón griego cuenta con un dios aparentemente bárbaro pero altamente seductor; violento, un dios de la ebriedad: Dionisios. La tragedia de Eurípides muestra el arribo destructor y la locura desencadenada de este dios, no obstante, resultó altamente integrado a la sociedad de los dioses griegos. Nietzsche plantea la cuestión del origen de la tragedia poniendo de relieve el doble aspecto de la mitología griega. Por un lado Apolo, símbolo de la medida, del otro, Dionisios, símbolo del exceso. Es la complementariedad de estos dioses la que ilustra el fragmento de Heráclito: *"Unid lo concordante y lo discordante"*.

La mediocridad también juega en el doble aspecto con la virtud, algo así como un binomio inseparable. La seducción de la mediocridad debe ser clarificada para poder superarla, porque lo peor es siempre posible, al igual que en las fiestas dionisiacas. Por momentos pareciera que estamos relativamente protegidos en un oasis, pero en el seno del desierto la mediocridad es amenazadora.

La mediocridad amenaza por detrás de las estrategias mismas que se creen que se le oponen.

Como plantea magistralmente Maturana, los problemas sociales son siempre problemas culturales, porque tienen que ver con los mundos que construimos. Es la conducta de los hombres que ciegos ante sí mismos en la defensa de la negación del otro, lo que ha hecho del presente humano lo que es. La salida, sin embargo, está siempre a la mano porque, a pesar de nuestra caída, todos sabemos que vivimos el mundo que vivimos porque no queremos vivir en otro. La guerra no llega, la hacemos; la miseria no es un accidente histórico, es obra nuestra.

La paz no es el silencio de las armas, sino que está en la dignidad humana. Debemos reconocer que toda negación, accidental o intencional, individual o institucional, del ser humano, es un error ético que sólo puede ser corregido si se lo quiere corregir. En síntesis, si se quiere acabar con el mortífero abrazo de la mediocridad.

. . . Amanece, la bruma comienza a disiparse, y el perfil de un enorme caballo se muestra aún indefinido en el horizonte, pero ésta vez no de la legendaria Troya; ahora es en nuestro horizonte donde se desdibuja la seductora y enigmática figura.

Algunas voces nos advierten que debemos desconfiar de tal ofrenda. Sólo algunas. El resto, miles, millones, claman porque conduzcamos aquella esfinge dentro de nuestra ciudad, de nuestras almas, pues ella es sin más el símbolo de la felicidad eterna.

¿Qué haremos pues? Algo se mueve en las aguas, muy cerca de nuestra costa, por momentos se me sugieren dos grandes reptiles capaces de un abrazo mortal. Tal vez sólo sea mi percepción.

Nuevamente, ¿qué haremos?. La decisión no puede esperar mucho más.

